tre las mujeres de las clases pobres, sobre todo si las leyes civiles nada hacen para moderarla. Tal parece suceder, hasta cierto punto, en Inglaterra.

Empero, la cuestion no está en saber si hay mas ó menos inmoralidad en el Reino Unido que en los otros países que, como él, gozan de las ventajas de la civilizacion. Lo que de momento nos interesa es investigar si tal vez existe en la forma particular en la forma nacional, por decirlo así, del libertinaje inglés, algo que tenga necesariamente por resultado el incremento de la prostitucion. ¡Pues bien! El estudio de los hechos nos permite contestar afirmativamente.

El inglés tiene, como el espíritu, positivo el corazon. A esta disposicion natural (adviértase que no decimos: á esta cualidad) la nacion inglesa debe sus inmensos triunfos. Esta particularidad del carácter inglés se encuentra hasta en los desórdenes privados, hasta en los placeres ilícitos. El inglés no tiene tiempo, ni paciencia para preparar por sí mismo sus placeres; fuerza es que se los preparen; tiene oro para pagar el trabajo que por él se toman. Los asuntos de sentimiento son relativamente raros; allende el canal de la Mancha...

En un país como Inglaterra, el hombre no desperdicia jamás una especulacion, de cualquier índole que sea.

¡Podia fundarse una especulacion tan vasta, apoyada, de un lado, sobre el libertinaje dorado, y de otro, sobre la juventud y la belleza sin pan y sin proteccion social!

¿Cómo no aprovecharla?

De ahí nació, en Lóndres, un tráfico infame, què se ejerce en grande escala, y para el cual la metrópoli y sus alrededores, el Reino Unido, el mundo entero están puestos en contribucion.

Allí hay una Bolsa para la mercancia viva.

¡El precio de una vírgen varia de 600 á 2500 francos!

Creada ya, la especulacion hallábase sobre una pendiente natural, á la que la empujan incesantemente tres fuerzas progresivas: la codicia de unos, las necesidades físicas de otros, y la impunidad general. Su efecto definitivo debia ser un impulso mas fuerte dado al desarrollo de la prostitucion.

Esta causa y estos efectos, señalados claramente por los escritores ingleses, son marcadísimos en la metropoli: «La opinion pública esta léjos de sospechar hasta que punto son frecuentadas las casas de prostitucion en Lóndres por sugetos pertenecientes á todas las clases y profesiones sociales, y hasta por gentes casadas, de uno y otro sexo.» (V. «The great sin.)»

Una especulacion dá orígen á otra. Muchos propietarios, entre los que se citan personajes influyentes y cuyas propiedades no redituan mas allá de siete á ochocientos francos al año, alquilan sus casas hasta á cincuenta francos por semana, para convertirlas en lupanares vulgares.

Las casas consagradas á la prostitucion pueden producir una renta, que varía entre dos mil y quinientos francos y mas de doce mil. El propietario cobra, además, una suma de dos mil y quinientos á siete mil y quinientos francos, á guisa de «propina», por un establecimiento de primer órden.

Cuando el hombre se halla curtido de esta suerte en materia de escrúpulos, y estima el dinero sobre todo, poco inducido debe hallarse á hacer algo en favor de la moralidad pública.

Sucede, desde hace medio siglo, en Inglaterra, una cosa digna de atencion.

Es la disminucion progresiva del número de matrimonios.

Atribúyese generalmente este hecho á la carestia, siempre creciente, de la vida, en Inglaterra.

Hed aquí una estadística oficial, que deja presumir una ciertísima y desconsoladora gravedad:

	Matrimonios celebrados, á proporcion de 100000 mugeres vivas.
De 1796 á 1805 ha habido anualmente	1716
» 1806 » 1815 » »	1637
» 1816 » 1825 » »	1607
» 1826 » 1835 » »	1588
» 1836 » 1845 » »	1533

Así pues, el decrecimiento no es accidental; continúa.

¿Existe algo amenazador para el porvenir de la civilizacion inglesa, germen de una reforma, ó de una transformacion en las costumbres ó instituaiones británicas?

¡Quien sabe!

El caso es, que gran número de célibes añádese naturalmente, como una causa mas, á las ya tan fecundas de la prostitucion en Lóndres.

Art. 4.°—*Reclutamiento de la prostitucion.*

Hay, en nuestra civilizacion moderna, tan imperfecta todavía bajo el punto de vista moral, que puede decirse que solo es un bosquejo de civilizacion, hay, repetimos, condiciones de existencia, que parecen tener por elementos naturales y necesarios todo lo que arrastra al crímen.

Viene á ser como la reliquia del estado salvaje, que la sociedad se esfuerza en hacer desaparecer; y á menudo es un producto de los extravíos de una civilizacion, que se encuentra buscando la verdadera senda.

Un sinnúmero de prostitutas, en Lóndres, como en todas partes, pero mucho mas en Lóndres que en París, nacen prostitutas.

Tales son todas aquellas cuyos padres son ladrones y mugeres públicas, y que habiendo siempre respirado en una atmósfera impura, no tienen la mas mínima nocion de una vida diferente.

De esas desdichadas no puede decirse que «han caido», por cuanto el escalon que les ha servido de cuna, está mas bajo que todos los restantes.

Los focos de infamia que las producen son numerosísimos en Lóndres, y especialmente hállanse sitos en ciertos barrios, tales como: Saint-Giles, las partes bajas de Westminster, Wite-Chapel, la Cité.

Orgías sin nombre, durante todo el tiempo no consagrado al robo; hed aquí su existencia.

Allí la prostitucion se recluta por sí misma; allí mana espontáneamente.

Aun, fuera de estos focos, el reclutamiento de la prostitucion se efectúa todavía en proporcion considerable, por el influjo maternal. Porque, si hemos visto á padres que exponen á sus tiernos hijos á la corrupcion, para sacar de ellos un lucro, otros hay tambien que los corrompen por sí mismos; si hemos visto á unos dar á sus hijos en alquiler, hay otros que los venden.

Nada tan á propósito para hacer apreciar el influjo deletéreo de la abyeccion de los padres, como el proceso de la mujer Leah Davis, denunciada por la asociacion instituida contra la prostitucion de las menores y acusada de haber atraido á niñas de la mas tierna edad á su lupanar. Esta mujer era madre de trece hijas, algunas de las cuales eran prostitutas y las restantes regentaban casas de prostitucion en diferentes barrios de Lóndres. Y no se crea que los hechos de este género sean raros en la metropoli. «En uno de nuestros hospitales, dice W. Logan, encontré cinco niñas, que padecian enfermedades vergonzosas, á la edad, una de trece años, otra, de doce, la tercera, de once, la cuarta de nueve, y la quinta, de ocho. Tres de ellas habian sido deshonradas en casa de su madre, y no por niños.»

Una desdichada, de edad quince años, despues de la muerte de su padre, fué vendida por su madastra á un «ama» de casa. El trato inhumano de que era víctima originó en breve una grave enfermedad, por la cual tuvo que ir al hospital. Gracias á la solicitud de la «hermana», admitiósela, á su salida, en un asilo de arrepentidas.

Hay tambien otras clases de prostitutas que no cuestan mucho trabajo á los proveedores de la prostitucion, tales son las obreras que suplen, con este deshonroso recurso, á la insuficiencia de sus salarios: tales son las mugeres casadas, las viudas y hasta las solteras, que sostienen á su familia con el producto de sus encantos. Los reclutadores son: aquí, el hambre; allí, el desaliento. La asociacion, de la cual era Talbot celoso secretario ha tenido la dicha de retirar de la miseria y del vicio á mas de una

desventurada muchacha empeñada en esta senda, y ha podido averiguar el estado de indigencia de la mayoría de ellas.

Empero, aunque estos tres grupos de mugeres públicas formen una parte considerable de la prostitucion en Lóndres, distan mucho, como ha podido verse por lo que precede, de representar su totalidad.

Para satisfacer á los pedidos insaciables del libertinaje, háse organizado en Lóndres un vasto sistema de intrigas, de artimañas y de lazos de toda especie, un comercio considerable de importacion indígena y de importacion estranjera; en una palabra, una industria inmensa, que se ha establecido y desarrollado, casi sin trabas, con una actividad y un descaro tales, que bien puede decirse que nada parecido existe en ningun otra nacion europea.

El reclutamiento de las mujeres públicas para las casas del órden mas elevado, gran número de las cuales son regentadas por estranjeros, está confiado á numerosos agentes, ampliamente retribuidos, y cuya mayoria frecuenta las mas respetables clases de la sociedad.

Las funciones de estos agentes son variadísimas.

Algunos tienen la mision de viajar por el continente. Al cebo de un salario crecido, contratan para modistas, para bordadoras, para costureras á incautas muchachas, robándolas con la mayor sangre fria á sus padres. Y, para engañar con mas seguridad á estos y prevenir toda sospecha, depositan anticipadamente en sus manos el salario del primer trimestre. Las primicias de estas niñas véndense á muy alto precio en Lóndres...

Otros agentes, particularmente del sexo femenino, establecen su cuartel general en los despachos de coches públicos, ya en Lóndres, ya en otras localidades.

Allí, acechan á las muchachas y á las mujeres que acuden á la capital para colocarse de criadas, de obreras, de institutrices. Só pretexto de guiarlas en la vasta metrópoli y de enseñarles albergue conveniente, las rodean de atenciones y de pérfida benevolencia, hácense dueñas de su confianza y las arrastran á los burdeles.

«Un sinnúmero de muchachas que vienen, principalmente, de los distritos manufactureros, escribia Thwaites, administrador de socorros en la Cité, abandonan sus familias por aficion al cambio, porque carecen de trabajo, por que se las maltrata, ó porque han sido atraidas por los proveedores de la prostitucion. El porvenir de estas infelices perdido está para siempre, cuando no tienen la suerte de ser reclamadas y vueltas á sus padres.»

Muy á menudo, mas de una jóven señorita sin esperiencia, ni proteccion, cae en estos lazos que nada le revela.

Ya en la madriguera, quedan presas estas mujeres, hasta que sucumben de grado ó por fuerza.

Si las caricias, los halagos, los medios de persuasion son infructuosos; si la violencia y el terror son insuficientes, las drogas narcóticas paralizan toda resistencia, y desde aquel momento las desdichadas pertenecen al lupanar.

De esta manera, en Lóndres, el crímen se alia con el fraude en el reclutamiento de la prostitucion.

Estos procedimientos, por los que nada se economiza, suponen capitales considerables.

Los hay tambien menos dispendiosos, de entre los cuales vamos á describir rápidamente los que pueden servir para caracterizar la prostitucion inglesa.

Hemos visto ya con que audacia y con que impunidad los provisores de los burdeles echan mano de los niños que encuentran solos y sin vigilancia por las calles de Lóndres. Hemos visto tambien que las niñas de ocho á diez años, á las que se adiestra en breve en el oficio de prostitutas, sirven al principio para espiar en las calles á las que, mas crecidas de algunos años, encuéntranse ya en plena esplotacion.

Cuando una jóven y hermosa niña es «presa,» llévanla desde luego á un rico lupanar, donde la violan por una elevada suma, hecho lo cual sus verdugos la venden á los propietarios de un establecimiento de rango inferior. A medida que su belleza se marchita y que su salud se altera, va descendiendo así

de escalon en escalon, y á menudo, al cabo de algunas semanas y tal vez de algunos dias, encuéntrase caida en uno de los mas innobles tugurios.

Para procurarse la «provision» que necesitan, no hay artificio al que no recurran los «amos» de casa.

A menudo, son sus agentes muchachas de diez y siete á diez y ocho años que, paseando por la capital, traban conversacion con las jóvenes que encuentran, las invitan á dar un paseo agradable, y acompañarlas al teatro, ó les ofrecen proporcionarles ocupacion ó trabajo. Tales manejos se renuevan sin cesar, de dia y de noche, en Lóndres. El domingo, especialmente, es testigo de tan inicuos actos, á causa del sinnúmero de niñas que en tal dia asisten á las escuelas públicas.

Tan luego como una muchacha se ha dejado llevar á una casa de prostitucion, la desnudan, la visten con un traje de brillante elegancia y la obligan á salir á «pesca» de transeuntes.

Unas veces se la retiene y vigila en tal manera, que le es imposible escapar; otras, sobre todo si es muy niña, la dejan volver á casa de sus padres, despues de haber vendido su doncellez.

Una muchacha de diez años, que iba sola cada semana á una escuela dominical, fué atraida y entregada de esta suerte al libertinaje. A la hora en que acababa habitualmente la clase, la dejaron regresar á su casa. Algunos dulces y objetos de escaso valor que le regalaron, la empeñaron á volver al mismo lupanar, viniendo así á ser un manantial de lucro para los infames que habian sacrificado su inocencia.

Hay un género de lazo, que ofrece un carácter particular de infamia:

«Una jóven de quince años, dice Talbot, leyendo en la vidriera de una tienda un anuncio en el que se solicitaban obreras chalequeras, entró y ofreció su trabajo, en cambio del cual le concedieron comida y casa. Pasados quince dias, condújola su patrona á un lupanar, que ella misma regentaba, y la hizo prostituta.»

Entre las mujeres que sirven de agentes á la prostitucion, hay algunas que se desparraman por los pueblos rurales y se establecen, durante un período de tiempo mas ó menos largo, ora en una localidad, ora en otra. Mientras su permanencia, infórmanse de las solteras del país, elijen las que pueden servir para sus siniestros planes, las toman de criadas y se las llevan á Lóndres.

Nó; ningun género de audacia falta á tan odioso comercio!

¡Cual si se tratara de una de esas transacciones lícitas, que pueden celebrarse á la luz del sol, los «amos» de casa cierran tratos con los ordinarios de los pueblos, quienes, só falaces pretextos, les proveen de muchachas, á tanto por cabeza!

Sin embargo, entre tantas jóvenes como ceden á la seduccion ó que sucumben, ya por sorpresa, ya por violencias en las casas de prostitucion, en las fiestas públicas de la metrópoli y sus alrededores, en las tabernas, donde todo se halla prevenido para la prostitucion secreta, hay algunas que, á sangre fria y entregadas por sí mismas, no pudiendo suportar el peso de sus remordimientos, ni la idea de su mancilla, ponen fin á su existencia pocas horas despues de la orgía en que se perdieron para siempre.

Segun Ryan, es muy comun que las pesquisas del «coroner» sean motivadas por semejantes suicidios.

Este médico añade que en ello habria una ocasion favorable para estudiar los cambios sobrevenidos en los ovarios, durante las primeras horas que siguen á la concepcion.

Otras, no temen empeñar una lucha desesperada; y á veces tienen bastante energía y suerte para escapar á la infamia.

Leése, en uno de los Informes de Talbot, un hecho, que debe encontrar sitio aquí, aunque no mas fuera para dar algun reposo al corazon.

Sarah Reeves, edad diez y ocho años, que habitaba en Cavendish (Suffolk) fué atraida á Lóndres por una proveedora, y conducida á una casa de prostitucion. Pero, trás una enérgica resistencia, consiguió escapar y acudió el mismo dia á implorar la proteccion de la asociacion fundada en Lóndres para protejer á las solteras y combatir la prostitucion de las menores. Colocá-

ronla de momento en el «Workouse», casa de trabajo y asilo de pobres, por órden de M. Walker, magistrado de «Lambeth street» Dióse enseguida comienzo á una larga y minuciosaa veriguacion, con el fin de descubrir á los culpables que la habian llevado á Lóndres para perderla. Por desgracia, esta averiguacion quedó sin resultado. Muy luego, y no dejando lugar á dudas, el testimonio del Rdo. E. Pemberton, cura de Beauchamp en San Pablo (Suffolk) y otros no menos respetables, sobre la moralidad y la virtud de la jóven, ocupóse el comité de la Asociacion en buscarle una posicion honrosa en Lóndres. Mas, habiendo manifestado Sarah el deseo de regresar á su país natal, proporcionáronle los medios de volver á casa de su madre, en Cavendish, donde llegó sana y salva. Admirado el Rdo. E. Pemberton de todo el bien que una asociacion como aquella podia realizar, apresuróse á remitir á su comité una ofrenda de 125 francos, para contribuir á sus buenas obras.

Los agentes de la prostitucion, en Lóndres, tienen dos especies de ausiliares, que ejercen en Inglaterra una accion de que en Francia no se tiene idea, y que en otros países es bastante restricta: tales son los que predicen la buena aventura y los mercadeses de estampas y de libros obscenos. Los primeros les prestan un concurso activo y son verdaderos mediadores; los otros preparan el terreno, corrompiendo los corazones y las almas.

La supersticion, hija de la ignorancia, arrastra á un sinnúmero de muchachas y de mujeres á casa de los modernos «profetas». Estos ejercen sobre sus almas débiles la misma atraccion ardiente é invencible, que antaño ejercia en nuestro país la Loteria primitiva. Despojadas poco á poco de todo cuanto poseen, y muy luego, llenas de deudas, las sirvientas (grupo mayor de tales víctimas) se ven excitadas á robar á sus amos, ó se les ofrece como último recurso la voraz prostitucion.

Además, estas casas de «prediccion» presentan una organizacion especial y adecuada á su destino. En tanto que las desdichadas incautas escuchan con emocion lo que consideran como decretos del destino, algunos hombres, situados de manera que

puedan verlo todo, sin ser vistos, las examinan y hacen su eleccion. Ahora bien, sabido es que los agentes de prostitucion en Lóndres, son poco ó nada escrupulosos sobre los medios á emplear para reducir á las mugeres que caen en sus garras.

El comercio de estampas y libros obscenos, en Inglaterra, es un hecho no menos notable.

Casas de comercio considerables, de esas que se llaman, en estilo de negociante: casas respetables, no tienen otro objeto de especulacion, que la importacion de este género de mercancia.

Antes de nacer la asociacion fundada en Lóndres para la supresion del vicio, el tal comercio habia adquirido un desarrollo increible. Un sinnúmero de buhoneros propagaba estas imágenes y estos libros por todo el Reino Unido. Los colegios de niños y de niñas estaban infectados de ello. Ciertas mujeres introducíanse en estos últimos establecimientos só pretexto de comprar la ropa vieja; sus mediadoras eran las criadas. ¡El gobierno no paraba en ello atencion!

Hoy dia, gracias á los esfuerzos privados de las asociaciones filantrópicas, esta venta no se hace ya con tanto cinismo; pero se hace todavía.

A través de las vidrieras de un gran número de tiendas, y principalmente en las tabaquerías, en los barrrios mas frecuentados, hállanse espuestas á las miradas del público las estampas mas licenciosas é incentivas.

Mas adelante hablaremos de los laudables esfuerzos que se han hecho para amenguar en lo posible esta criminal industria que, á pesar de la guerra que se le tiene declarada, ocupa aun, segun dicen, á mas de cuatro mil individuos!

Art. 5.° — *Género de vida de las prostitutas.*

En Lóndres, como en las demás grandes capitales, la condicion de las prostitutas varía segun la clase á que pertenecen; porque, en esa turba, donde todo se halla en contradiccion con las leyes sociales, la sociedad esparce aun un pálido reflejo de sus divisiones y de sus castas.

Solo que, en la prostitucion, nadie se eleva; siempre se va cayendo de rango y todas las clases tienden, por un envilecimiento progresivo, á fundirse en una sola, la que se halla en el último escalon.

Esta rápida degradacion manifiéstase sobre todo en Lóndres.

Por la influencia combinada de la dureza de corazon de los mediadores, de la inclemencia del cielo y de la tierna edad de las prostitutas gástanse y marchítanse estas, con una rapidez verdaderamente aterradora.

Las prostitutas de Lóndres, consideradas de un modo general, se dividen naturalmente en dos grupos principales:

Al «primero» pertenecen las que tienen domicilio fijo, ya vivan en su casa, ya permanezcan de asiento en las de prostitucion.

El «segundo» comprende á todas las que no teniendo, propiamente hablando, un albergue, viven, ora en las tabernas otros lugares de crápula, á donde llevan á los hombres que se dejan «seducir» por ellas; ora en ciertas «casas amuebladas» de aspecto en extremo repugnante, donde yacen amalgamadas con los ladrones de profesion; ora, en fin, en las calles, expuestas á todos los sufrimientos físicos.

Si hemos de dar crédito á los relatos unánimes de los autores, la vida distaria mucho de ser dulce, ni aun siquiera para las prostitutas del primer grupo.

En efecto, en esta prostitucion libre, los «mediadores», á quienes ningun freno retiene, parecen no tener mas que una idea fija: la explotacion, hasta el último límite, de las mujeres que han de ser el manantial de su fortuna.

Ni la salud, ni la vida de estas infortunadas les inquietan lo mas mínimo; las prostitutas son una mercancia, que nunca escasea, y que es preciso renovar á menudo.

Así pues, las muchachas que se traen á grandes gastos á Lóndres, para alimentar los establecimientos mas ricos, poco permanecen en ellos, y no tardan en ser «gastadas» («stale») segun la espresion consagrada. Desde este momento, son sin

piedad arrojadas á la calle, á menudo infectadas de enfermedades venéreas; pero en todos casos expuestas á mil y una probabilidades de destruccion.

En apoyo de lo que precede, puede citarse, segun Talbot, una soltera de quince años que, en una noche, vióse obligada á entregarse á doce hombres, y ganó de esta suerte 12 guineas (300 francos) para el propietario del establecimiento.

El mismo autor añade: «En el espacio de pocas horas, estas jóvenes «reciben» á seis ó siete hombres. Despues de cada «visita», se lavan, beben un poco de aguardiente y se encuentran dispuestas á comenzar de nuevo.»

La asociacion fundada en Lóndres para protejer á las solteras y combatir la prostitucion de las menores, obtuvo la condena de un sujeto llamado David Romaine, de edad veinte y siete años quien, con su mujer é hijos, vivia del producto de la prostitucion de tres muchachas, de unos quince años de edad la que mas, á las que se encontró en su casa en un estado deplorable de abyeccion y de miseria. Los domingos, por la noche, el proxenete enviaba á una de ellas á la calle, con la consigna de atraer los chalanes. Y, cuando estos se hallaban reunidos en suficiente número para que sus ofrendas juntas formasen una suma regular, se les entregaban las dos restantes víctimas. Estas maniobras tenian lugar á vista de los agentes de policía, quienes pudieron un dia contar hasta doce jóvenes reunidos á la vez en aquel tugurio...

En general, desde que una jóven ha sido revestida de los trajes mas ó menos elegantes de la prostitucion, su vida se devora en una actividad casi sin reposo. Precisada á errar por las calles dia y noche, vigilada de cerca, ó por el «amo», ó por mujeres de su propio oficio, ó, como hemos visto, por niñas de ocho á diez años, destinadas á sucederle en su empleo, ni puede huir, ni permanecer inactiva. Menester es que cada noche lleve á la casa de prostitucion á cierto número de «visitantes». Si sus esfuerzos son infructuosos, si intenta evadirse, vése sometida á los mas duros tratamientos.

Por lo demás, á medida que se desciende la escala pornográfica, el cuadro vá haciéndose mas sombrio: «Otros semilleros de crímenes, dice un autor citado por Ryan y por Faucher, que no existen en todos los barrios, pero que se concentran en ciertos distritos, como: Saint-Giles, la parte baja de Westminster y las dos extremidades de White-Chapel, son los albergues amueblados, regentados por encubridores. Estas madrigueras contienen á menudo una cincuentena de lechos, que ocupan individuos de uno y otro sexo, desde la edad de diez, hasta la de cuarenta años. Los hay, donde solo se admite á niños; los huéspedes obran así para evitar que estos tiernos ladrones sean despojados por hombres mas fuertes que ellos, y tambien para asegurarse una parte mayor del botin. Sin embargo, no se excluye á las mujeres aunque fuera mas exacto decir que se admiten solteras de toda edad, desde la de doce años (porque las muchachas que se asocian á los ladrones raras veces llegan á la edad de mujer), no como inquilinas por su propia cuenta, sino como queridas reconocidas de los ladrones mozos. Imposible describir las escenas crapulosas que tienen lugar en tales antros, y si describirse pudiesen, el público no les daria crédito.»

Descendamos todavía mas.

El «Examiner» del 14 de octubre de 1843, citado por Faucher, contenia el siguiente relato:

»Los guardas del parque y los agentes de policía han conducido, estos últimos dias, al despacho de «Marlborough street» á varias muchachas, que encontraron dormidas bajo los árboles de «Hyde-Park» y en los jardines de «Kensington». Todas estas infelices, sin escepcion, se hallaban en la mas horrible miseria, y talmente infectadas de una enfermedad vergonzosa, que el magistrado creyó hacer acto de humanidad enviándolas á la cárcel, donde debian encontrar asilo y recibir la asistencia de os facultativos. Parece, segun la declaracion de los guardas, que, desde hace varios meses, unas cincuenta personas de todo sexo y edad no tienen mas abrigo durante la noche, que el que les ofrecen los árboles del Parque, y las troneras practicadas en la cerca. La

mayor parte son muchachas de catorce á diez y siete años, traidas de provincias por soldados que las han seducido, para luego abandonarlas á su horrible destino. Estas infortunadas criaturas vénse así, desde los albores de su juventud, echadas completamente fuera de la sociedad, y viven amalgamadas por la noche en medio de los parques, donde literalmente se pudren en la miseria, en el fango y en la enfermedad.»

El corto número de hechos que acabamos de reseñar pudiera bastar, en rigor, para dar una idea asaz exacta de la vida que las prostitutas de Lóndres han de soportar, generalmente. Séanos, sin embargo, permitido añadir la historia siguiente, que un observador recomendable ha oido de los lábios mismos de una jóven prostituta.

Con ella completaremos el cuadro:

«Una hermosa jóven de diez y seis años, dice Mayhew (V. «London Labour and London poor)» nos hizo el terrible relato que vá á leerse. Sus manos estaban entumecidas por el frio:

»Soy huérfana.

»A los diez años, fuí colocada en casa de un tendero, para todos servicios.

»Mi trabajo era penosísimo.

»Mi ama me trataba en la mayor dureza, y á menudo, me pegaba.

»Tres semanas haria que estaba en esta casa, cuando perdí á mi madre.

»Mi padre habia muerto muchos años antes.

»Durante unos seis meses, soporté los malos tratos de mi ama, que no solo me pegaba con las manos, sino con un baston.

»Todo mi cuerpo era una viva cicatriz.

»Por fin, escapéme...

»De allí me dirijí á casa de mistress***, dueña de un local amueblado, á bajo precio.

»Yo ignoraba que hubiese casas como ésta, y lo supe por unas muchachas en la «Glasshouse» á donde habia ido en busca de un asilo.